EL HOMBRE

SEMANARIO ANARQUISTA
Editado por los Centros de E. Sociales

REDACCION Y ADMINISTRACION
AGRACIADA 1882

AÑO II | MONTEVIDEO, SABADO 24 DE NOVIEMBRE DE 1917 | (PORTE PAGO) | Núm. 57

La jornada de mañana

EL PLESBICITO

Frente a elecciones de cualquier índole, incluso un plesbicito como el de mañana, sancionador de la constitución magna que organiza y regimenta el gobierno del país, los anarquistas no hacen otra cosa que abstenerse.

Aún, en el caso de un verdadero plesbicito democrático, donde se consultase al pueblo, por ejemplo, sobre la intervención en la guerra, no concurriríamos a comicios para decir «No»; pero lo gritaríamos en plazas y calles fuertemente, virilmente; en las urnas, nunca.

Nada decimos de las reformas a la constitución, pues, que ya se sabe que no queremos gobierno alguno.

Nada significa el «Sí» o el «No», por la reforma, cuando no cambian las condiciones del régimen, cuando solo eso significa modificar los planos políticos.

Votar por el «Sí» o por el «No», si bien no es igual que delegar representación en otros y abdicar de sí mismo, es sancionar en un sentido o en otro un régimen gubernamental, aceptar funciones de mando y conceder mérito de realidad a una ficción democrática.

Decimos ficción, porque es bien sabido que el ochenta por cien de los votantes que habrá mañana, no entienden de política, no pueden afirmar conscientemente si es buena o es mala la reforma constitucional.

Y el voto por el «Sí» como por el «No», para que fuera un acto de afirmación de la soberanía ciudadana, tiene que ser consciente y libre, sin clubs partidarios ni prensa tendenciosa, y esto no es posible.

Los anarquistas, viven al margen de toda actividad política y por lo tanto no votan.

Los trabajadores conscientes, afirmarán su independencia mañana, no concurriendo a los comicios.

De la Francia libertaria

SEBASTIAN FAURE, PRESO

Georges Clemenceau, actual primer ministro del gabinete francés, hizo hace varios días, con motivo de ocupar ese cargo, declaraciones de rigor contra los pacifistas, prometiendo solemnemente al pueblo de Francia una represión rigurosa contra los hombres que por cultura o por sentido común abominan de la guerra.

Una de las primeras víctimas de esta nueva racha de guerrofobia ha sido Sebastián Faure, hombre de talento y de entereza moral; anarquista sincero que en un medio dominado por la roja locura, con un valor que nunca apreciaremos bien, ha gritado su ideal de amor y de justicia junto con otros buenos hombres que para bien y orgullo de la especie han desafiado los desmanes de la intolerancia, han afirmado su culto por la vida y su afán por la armonía entre los pueblos.

He aquí el telegrama que nos da la noticia:

«París noviembre 18.—Se formuló ayer una acusación contra Sebastián Faure, por atentados que caen bajo la sanción del código penal.—El juez dió orden de proceder inmediatamente contra el inculpado.»

Faure es uno más y de los buenos que los gobernantes, fieles a su culto por la fuerza bruta contra la libertad de pensamiento, han encarcelado para acallar la voz que le reprocha sus crímenes y despierta a los pueblos convulsionados por la horrible pesadilla de la guerra.

Los médicos y el naturismo

Félix Peyré, el conocido compañero naturista, ha sido condenado por la Corte Suprema por ejercicio ilegal de la medicina.

El gran delito del citado compañero, fué salvar la vida de un pequeño a quién los médicos habían deshauciado.

¿Cómo van a permitir los galenos que haya alguien tan audaz que les arruine la profesión y ponga su ciencia en peligro?

El compañero Félix Peyré es una víctima del cuerpo médico de Montevideo, y con él se ha cometido una enorme injusticia.

Protestamos enérgicamente contra semejante sentencia, fruto de influencias criminales, de ridículos prejuicios y también de un odio salvaje.

¡Vaya una justicia!...

Por la Escuela Racionalista

Necesitamos construir los cimientos de la Escuela Racionalista.

Ningún compañero consciente puede negarle su concurso.

La Escuela Racionalista debe ser una realidad prontamente. Los que tienen voluntad, los que estimen el progreso verdadero y anhelan el mejoramiento de la humanidad, no deben olvidar que el actual régimen social tiene sus elementos defensivos en las escuelas tendenciosas instituídas por el Estado y el clericalismo.

Los trabajadores conscientes no deben mandar a sus hijos a las escuelas del gobierno. Si no hay escuela, dedemos crearla, instituirla prontamente.

Un movimiento de opinión en el sentido de fundar escuelas racionalistas, traerá como consecuencia los Ateneos populares, hasta la Universidad libre.

Debemos poner manos a la obra cuanto antes. EL HOMBRE, prestigiará ampliamente toda propaganda en ese noble sentido.

La Escuela Racionalista debe ser una realidad prontamente.

Esta noche se reune la Liga Racionalista, y allí habrá de tratarse alguna iniciativa que lleve a ese resultado.

El principio de crecimiento

I

No sé si comparando al hombre a un árbol es noble o si no lo es, comparándole a un río, a una nave o a un camino. Lo cierto es que el hombre es el hombre. Un camino es el paso de una necesidad, es la huella del tiempo en el polvo, en la tierra misma, de un espacio tangible. La nave y el río es la palabra y la acción que solidariza la riqueza de un entendimiento a la inteligencia de un destino progresivo.

El río es el alma que alienta, es energía. La nave es el cuerpo que se conduce, es movimiento.

El camino es sed, es ansiedad y es cansancio. Y el árbol puede que sea la vida, porque es todo eso: nave, camino y río. En el árbol se condensa toda la energía de las savias ponderables y de los líquenes fecundos que polenizan, en un espasmo virtual, de verdadero crecimiento, los vientres generosos de la naturaleza creadora.

No sé si es noble, repito, comparar el hombre a un árbol o a un río, a un camino o a la nave. No sé si me valgo de imágenes o hago hipérboles. El río tiene sus flujos y reflujos, va y viene; dicen que es tornadizo; en efecto: pero se renueva, se depura. La nave no es estable, es susceptible de naufragar. Y el camino es muy resignado, tortuoso y felón; capaz de todos los vilipendios; los soporta y los guía. El árbol es crecimiento... Pero, el hombre es el hombre. Y en él laten todas las aguas de los ríos, se mueven las naves y se despiertan todos los apetitos morales que, psicologicamente comparado, es un atributo que substancia las cualidades de todos los contenidos y de todos los continentes. Y si en el hombre está el camino, ¿no es en él la sed y la resignación? Y si es la nave, ¿no es en él todos los naufragios de los bienes? Y si es en el río, ¿no es en él la tromba, el vaiven formidable, el oleaje de los odios y las pasiones? Y si es árbol, ¿no es en él, en todo él, como una pertenencia, la esfera de un impulso, la iniciativa de una acción, la elaboración efectiva de los elementos?

Y, si es en él, entonces, la calidad en movimiento y las energías todas en desarrollo que virtualizan o desbaratan a la vida, en su organismo central como especie y de relación como agregado, ¿donde pues, sino en él mismo se hace menester descubrir o despertar el principio de crecimiento?

El hombre se puede comparar al árbol. Y no es que sea para mí una comodidad hacer del hombre un árbol o viceversa. Es que el árbol *crece* a igual que el hombre: es un principio de continuidad discontinua. En el árbol hay frutos y en el hombre hay esfuerzos, labor herramienta. Aquí, pues, radica para el hombre el principio mismo de su crecimiento moral; ¿que es discontinuo el crecimiento? Mejor que así sea; porque, siendo así, los esfuerzos que se hagan en este sentido serán reflexivos y racionales, cultivarán en el hombre los surcos de su personalidad y se desarrollarán, mediante su descomposición inteligente, todos los atributos de pertenencia y todas las aptitudes libérrimas del pensar y del sentir. Es un jalón de triunfo, porque es conocerse y es progresar, en un sentido de independencia y de libertad efectiva. Es no estorbarse ni estorbar.

No obstante alguien dice que: «hay que buscar fuera del hombre mismo el principio de su posible crecimiento». Y esto es amargo de toda amargura. Y cabe un interrogante: ¿Desde cuando se ha buscado este principio virtual dentro mismo del hombre, desde que época, en que tiempo?

Indagaremos.

ARMANDO LARROSA.

CONSTE

1.o Que los demócratas cristianos defienden al cura Rivero sin estar su inculpabilidad confirmada con pruebas.

2.o Que ni siquiera existen remotos indicios de que no sea un perfecto canalla y criminal.

3.o Que ninguna familia decente puede de hoy en adelante mandar sus hijos a los colegios católicos.

4.o Que los tribunales y los católicos tienen cierta afinidad; pues, muchos magistrados, al ser educados en colegios religiosos salieron contramarcados de los mismos. Sólo así, se explican ciertas esperanzas.

5.o Que las declaraciones del padre Moreira decían claramente que Rivero era un delincuente; y la conducta de los demócratas cristianos saliendo en defensa de tal individuo envilecedor de la infancia, les ha de traer más de un disgusto.

6.o Que el director de «El Día» puede preparar desde ya las maletas para un viaje para el otro mundo donde será juzgado y condenado por la justicia divina.

7.o Que el director de «El Departamento» de Mercedes, uno de los *infames calumniadores* del cura Rivero, murió el 27 del mes pasado «compareciendo ante el tribunal de la divina justicia antes que en el de los hombres». Eso es una especie de milagro, manifestación de la cólera del Dios católico, por lo que nos quedamos temblando y encomendándonos a la protección del Diablo.

El Diablo, abogado de EL HOMBRE, ha salvado la vida de éste apesar de que lo querían enterrar los demócratas cristianos: con lo cual demostró tener mayor poder que Dios.

El plesbicito de mañana es un acto sin ningún valor social.

Los obreros sin burlarse de si mismos no pueden actuar en él.

LA INDEPENDENCIA DE AMERICA

«Entre nuestros amigos, demostráremos preferencias por aquellos que mejor nos demuestren su amistad».

TOWER
Ministro de la Gran Bretaña en la Argentina.

I

A un diplomático no se le puede pedir nunca que hable en verdad y se exprese con sinceridad. Sería lo mismo que si un sediento que hiciera una travesía por terrenos de marismas, tuviera la pretensión de querer beber agua pura y cristalina, de las ciénagas de sus pantanos. El pantano sólo puede dar hedores, así como el alma del diplomático sólo da expresiones de hipocresía. Dar lo que tienen es la más grande virtud de las cosas y también de los hombres. Sin embargo, el ministro en la Argentina del más vasto imperio del mundo en la actualidad y de la nación de los señores y de los lores, ha significado una excepción: ha expresado una verdad y la ha dicho con franqueza. También el espino suele dar algunas flores, y eso que pincha. Las cosas tienen sus momentos de terneza, y los hombres sus momentos de lucidez.

El ministro de la Gran Bretaña ha enseñado su alma, y se la ha enseñado a un país que preside un hombre amistado y quizás aliado a los jesuitas y gentes de iglesia, y ya sabemos que estos hombres que se visten por arriba, como las mujeres, piensan en el papa y en su predominio temporal. El señor Irigoyen, hombre más silencioso que un abismo y más pagado de sí que un poeta superficial y mediocre, no quiere hacerle daño a Guillermo, rompiendo las relaciones, por no hacerle mal a la iglesia. Hace bien Cada cual tiene sus aficiones, sus preferencias y sus ideas. Pero el ministro de la Gran Bretaña le sientan mal las preferencias del señor Irigoyen, y en el propio rostro de la Argentina, a quien Lugones canta por su sol de Mayo, ha lanzado esa franqueza más hiriente que una flecha. Diplomático sí, pero no tan diplomático que no sepan en el país de la *argentinidad*, lo que se piensa en la nación de los lores.

Las preferencias de Inglaterra son para aquellos de sus amigos que mejor le demuestren su amistad, ha dicho el ministro. Ha dicho también que esta es una ley humana que nadie puede negar. Y, en efecto, cuando se piensa que es esa la ley que más impera entre los hombres y entre las naciones, llegamos a la convicción del poco peso, de la poca lealtad, que aún tiene la cultura humana. Filósofos muy agudos han querido distinguir la verdad en la utilidad, y al quererla distinguir en ese sitio, la han descubierto a través de las evoluciones que llevan los pueblos, pues que de tales evoluciones es dicha verdad.

La utilidad conocida y aceptada es la conveniencia, y ésta puede aliarse con el crimen, sin perder por ello ningunos de sus pudores. Yo, como hombre, si quiero seguir la ley de la conveniencia, que es la que busca la iglesia en Guillermo y la Gran Bretaña en estos pueblos, no debo temer las acciones más vergonzosas, ni las más malas, si ellas me favorecen. La cultura no me lo prohibe, que es a la vez mi propia cultura. La cultura me condena si hago lo contrario, y me condena por medio del desprecio, que es de todas, la condena mas terrible. Yo para vivir debo ser malo, si lo malo como impudor, como deslealtad y como crimen, me llenan de favores. Lo malo es lo bueno en esta nuestra civilización, y así lo debe uno entender, y así lo entienden el 99 y 3/4 o/o de los hombres. No nos extrañemos, pues, de que la cultura que a través de los tiempos ha venido trabajando la humanidad, culmine en el hombre hipócrita, en el hipócrita perfecto, en el hombre que miente, en el hombre de alma sinuosa y capaz de toda suerte de maldades.

El diplomático de Inglaterra ha querido servir a su país, recordando a la Argentina la ley de relación humana de todas las épocas. Y los jurisconsultos, los profesores, los literatos y los moralistas de este país, han expresado que el señor ministro ha enunciado una verdad indestructible, como un axioma. Inglaterra llegará con sus buques hasta el Uruguay, y hasta este puerto llegarán los buques de la *alianza*, para darle una lección a la Argentina neutralista. Es su deber; es decir, es el deber que se origina de las dependencias políticas y económicas de los pueblos y de las aptitudes de los fuertes.

La libertad no existe ni siquiera en política; la libertad que se conoce es una forma de esclavitud coronada de flores. Pero lo curioso de la idea del diplomático, es el caso de llegar a su sanción el supuesto proyecto de Inglaterra, es lo que desprestigiaría a la doctrina de Monroe. Porque si el panamericanismo que exterioriza esa doctrina que Wilson ha rejuvenecido y Lugones viene comentando desde hace más de tres años, implica solidaridad política de todas las naciones del continente. ¿que harían el Uruguay, el Brasil, el Perú, etc., ante el abandono en que la alianza dejara a la Argentina? Tal abandono no significaría otra cosa que el rompimiento de la decantada solidaridad del panamericanismo, a menos que el señor Drago descubriera alguna explicación que lo justificara en algunos de los mamotretos de derecho y por la que el panamericanismo saliera ileso. Un sabio en derecho internacional, como lo es Drago en la Argentina, y lo es Ruy Barbosa en el Brasil, por ejemplo, halla explicaciones hasta para los hechos más endiablados. Capaces serían de decir los señores Drago y Ruy Barbosa, que el verdadero derecho de América, traducido en verdadero deber, y el verdadero panamericanismo, consisten en formar parte de la *alianza* que acaudilla Inglaterra.

La *alianza* encarna los anhelos democráticos del mundo, según la voz corriente, y a la democracia debe darse todo cuanto se fuerza, hasta la libertad. Y la libertad es la que están perdiendo las naciones americanas, al inclinarse del lado de sus conveniencias, las que pueden costarle, además, millares de vidas. Pero las vidas, cuando de las conveniencias se trata, no se cuentan.

Los desenvolvimientos del continente americano están a punto de canjearse por actitudes de conformidad y por valores bélicos. Este es el hecho que Inglaterra parece hallarse conformando y que su diplomático en la Argentina ha manifestado en otras palabras. Y si la libertad de tales desenvolvimientos tiende a quedar prendida de la *alianza*, ¿dónde se halla, en tal caso, la independencia de las naciones de América? Este es el absurdo.

La *alianza* puede representar el liberalismo en esta guerra, pero que por afinidad con sus ideas liberales, formen a su lado los pueblos americanos. De otra suerte, tal vez no sea el liberalismo el que los mueva, sino los intereses y las conveniencias que son, en el fondo, las dos fuerzas poderosas que han armado el brazo de los aliados y el brazo del emperador. Es por ello que la humanidad, llámese como quiera, camina por esa encrucijada que erizan los dardos del crimen.

LA INDEPENDENCIA REAL

II

Ayúdame que yo te ayudaré.
Palabras del Vulgo.

El vulgo tiene también sus sentencias, muy profundas y admirables algunas de ellas, y que sintetizan el practicismo moral de una larga serie de épocas. Sancho Panza es su héroe o su prototipo más acabado. No pocas veces diría él montado en su rucio y por la inspiración de aquella gran inteligencia de Cervantes, lo que el vulgo dice a menudo: «Ayúdame que yo te ayudaré». Adagio más cabal que éste, bien pocos habrá en el idioma. Cabal, porque no hay hombre que no lo acepte decidido, ni hay pueblo que sobre él no fije los movimientos de su conducta.

Los requerimientos que la *alianza* viene haciéndole a la naciones de América, son el espíritu fiel del proverbio secular. La ayuda por la ayuda, consentida y aceptada, es una ley política que a nadie inspira reparos, ni escrúpulos de carácter, de educación, de cultura, de historia... «Necesitamos de tí, le dice la Europa desesperada a la América indecisa, y si no nos ayudas anotaremos tu resistencia en la página de nuestros agravios.» Es al cabo lo que suele decirle el hombre al hombre, la familia a la familia y el grupo al grupo. La ayuda es aclamada y bendecida por todos; solo un vesánico que tratara de hacerse daño a sí mismo, sería el único ser que conspirara en su contra.

Las naciones, en esto de ayudarse en sus circunstancias más apremiantes, se olvidan hasta de lo que ellas mismas fueron ayer; son en alto punto despreocupadas de sus actos pretéritos. En efecto, uno de los axiomas políticos de la historia, es este olvido que parece escapar a todas las sutilezas de la psicología. Pueblos que en guerras homicidas perdieron las energías de su juventud, son los pueblos aliados del mañana que la sigue. Las conveniencias los une, así como las conveniencias los declara enemigos a muerte. Y, hecho curioso, el rencor y el espíritu de venganza, duran en el hombre hasta un número crecido de descendientes, mientras que en los pueblos parece que tales sentimientos duran muy poco. Pero, ¿es que no duran en realidad? No; es que la hipocresía los hace desaparecer aparentemente. Sin embargo, de no descansar la ayuda mutua sobre ideas simuladas y sobre la simulación de los sentimientos que integran el espíritu de las naciones o de sus actos y normas políticas, entonces la sentencia del vulgo sería lo más eternamente irreprochable de las evoluciones humanas. Entonces la ayuda sujeta a las conveniencias del momento, no sería la hipocresía de la ayuda. Pero, digamos de paso, que ni los hombres ni los pueblos practican otra. Su moral de civilización se la determina y sus relaciones se la imponen. Es un atrevimiento, por tanto, quererla significar de otro modo o interpretarla como natural emanación de los órdenes sociales de los seres. Más no nos detengamos por ello. La ayuda natural que emana de la asociación de los seres, es biológica, y ésta es la verdadera y la indestructible. La ayuda política, en cambio, no es la ayuda biológica, la que por otra parte, no ha tratado todavía ninguna ciencia de derecho.

América, por ejemplo, ayuda con todas sus fuerzas a la *alianza*, porque de parte de la *alianza* están sus conveniencias; pero América no debe decir que es independiente y dueña de la elección posible de sus aptitudes de espíritu, dado que con ello no hace más que robustecer los principios de hipocresía de la ayuda. La libertad, la independencia, y por consiguiente, la elección posible de las aptitudes de espíritu, han de hallarse, no pocas veces, en un orden que las conveniencias no toquen y en donde éstas, sin embargo, no se dañifiquen lo más mínimo. No se diga, en tanto, cómo lo dicen los políticos de todos los matices y una mayoría de filósofos, que la elección posible de una aptitud de espíritu es la misma conveniencia. Lo es, pero lo es en las civilizaciones conocidas, en la historia pasada y presente de las relaciones de los pueblos. A mi me conviene robar a mi vecino, pero mis aptitudes de espíritu no me lo permiten y no lo robo. He aquí, pues, que yo rompo con la fusión de la ayuda y la conveniencia; rompo en un sentido que no es la ayuda directa, pero rompo al fin.

Las conveniencias podrían seguir, sin ser dañadas, derroteros opuestos a las aptitudes del espíritu, y entonces la sentencia del vulgo tal vez llegara a ser eminentemente verdadera. Pero esto no se conoce aún. Que América tuviera sus conveniencias de parte de sus esfuerzos y que sus esfuerzos no hallaran obstáculos en ninguna parte de la superficie de la Tierra; América sin duda podría elegir sus aptitudes de espíritu en la guerra actual, de acuerdo o no de acuerdo con la *alianza*; y entonces América sería realmente independiente. De atenerse América al mérito positivo de sus esfuerzos, y como ella todo el mundo, es claro que ninguna nación, ni grupo de naciones, podría forzarla a tomar una aptitud de espíritu que no fuera la suya. El esfuerzo, en sus propios méritos, no sería otra cosa que el de llevar por el mundo sus resultados, o sean los resultados de su trabajo, de sus artes, de su ciencia, y que por la cualidad de su virtud, tuvieran aceptación o no aceptación, valor y salida, o las dos entidades contrarias. Esto sería, además, la libre concurrencia de los pueblos y de las cosas, basada en una emulación virtual, como principio y desarrollo de los esfuerzos de cada uno; esto sería lo opuesto a lo que existe y conocemos, pues que lo que existe y conocemos se desenvuelve en un medio de obstáculos y de imposiciones, que son consecuencias de las normas políticas de la civilización que reglamenta las sociedades humanas.

Pero, entonces, ¿por qué se dice que la libertad, la ayuda, etc., se hallan contenidas en las conveniencias? América podría tener todas sus conveniencias de parte de la *alianza* o de parte del emperador, pero las aptitudes de su espíritu podrían no hallarse de acuerdo con la guerra de la alianza, ni con la guerra del emperador, siguiendo las dos entidades que hoy se fusionan derroteros diametralmente opuestos. Cierto es que en tal caso, la guerra política no existiría, siendo otros, acaso, sus móviles y otros sus factores, pero la libertad y la ayuda de las naciones se hallarían contenidas en la mayor virtud de sus esfuerzos y no en el ligamen de sus hipócritas y artificiosas conveniencias.

José Torralvo

INTERRUPCION

Nos proponemos a veces levantar un bloque, vadear un río o abrir una ventana al infinito para mostrar nuestro espíritu, con la sola fuerza de nuestro pensamiento, y cuando hemos llegado a confiar en el esfuerzo, una nueva ley de gravedad, una ola más furiosa, una racha turbia, encenagarada en el lodo inmundo del corazón humano, malogra y cierra de un golpe la grata, sincera esperanza puesta como una flor en el alma.

Qué ha sucedido? Las miserias humanas crepitan y se retuercen semejando gusanos pavorosos en el infierno abrasador de las verdades desnudas. Esto me pone triste. Equivocarse, ignorar, ser miope, sordo y mudo, no es nada: la naturaleza nos ha hecho imperfectos y falibles para que nuestro corazón se enorgullezca de su obra, cuando después de ser barro se eleve revoloteando como una mariposa sobre las cumbres de la realidad; pero perder una esperanza, es decir, reemplazar una idea noble, blanca y colocar en su lugar una porquería que pesa como una piedra y nos hace ver en el hermano de ayer un ser monstruoso, inconcebiblemente ductil, curvable como una caña o un mimbre, es cruel, dolorosamente cruel.

Oh! cuán agradablemente dulce y grata, habríasele antojado a Sócrates la cicuta a haberle traicionado sus discípulos!

Hay cosas en la vida que son estupendas. ¿Cómo se comprende que no basta poseer la verdad y darla a los hombres para que la vean, palpen y se identifiquen en ella? ¿Es que se necesita mentir, engañar y vestir adornándolas de mil alfileres a las ideas? Y pensar que hube creido en la fuerza transformadora de los ideales humanos!...

Pero, no es verdad hermano, que siempre, desde los comienzos del mundo ha sido así? Hoy, al amparo de una ley de asociación, surge un ser, crece, se desarrolla, llega a su plenitud de desarrollo, crea funciones en virtud del medio y de herencias, se reproduce y... muere. ¿Qué hay de extraño en ello? Acaso habría de vivir eternamente? Esto es tan simple, como que en mi fuero interno se está de nuevo, gestando una nueva y más experimentada confianza, una más belleza y completa esperanza del porvenir.

Eso es la vida: transformación. Los desengaños y dolores del alma, que llamamos, no son más que periodos de transición, interrupciones de una vida estéril, en la que el pensamiento, las ideas y nosotros mismos, nos recogemos, nos hinchamos, para gestar y dar a luz una nueva y más racional idealidad de las cosas reales.

¡Cuán hermoso y con cuanto estímulo se piensa, luego de haber nos muerto y resucitado en nosotros mismos! Dijérase que una irradiación de energía nos circunda.

José A. Grisolia.

¡Imperturbable!

Sembrador infatigable,—misionero y peregrino:—sigue... difundiendo tu ideal, imperturbable—aun que salgan a ladrarte muchos perros, al camino.

Sigue ¡hermano! iconoclasta—por do van los atrevidos—por la senda libertaria, para ver si llegas hasta—do puedan alcanzarte los insultos ni ladridos.

Siembra ideas de concordia,—entre la gleba sin dolo;—más si alguno en tu camino pone espinas de discordia—pasa siempre por arriba, avanzando recto y solo.

Lleva tu ardiente mirada—puesta y fija en lontananza—y si anhelas llegar pronto, a la cúspide soñada—nunca pierdas de *ti mismo* ni la fé, ni la esperanza.

Siembra extraño viajero—tus ideas redentoras—en el surco libertario tan fecundo y justiciero—qué regaron con su sangre muchas almas soñadoras.

C. Barranquero.

RACIONALISMO

Cuando una cosa por buena que se crea, no modifica ni mejora la condición humana, debe desecharsela, de lo contrario se corre el peligroso riesgo de caer insensiblemente en triste amodorramiento.

Ya hemos visto el fracaso de los antiguos sistemas pedagógicos; ¿porqué empeñarnos en seguir por la misma ruta, si esta solo nos ha dado amargas pesadumbres y contradictorios resultados?

Es necesario levantar la conciencia del «Yo», ir paulatinamente, sembrando en los fecundos cerebros de los niños, ideas de regeneración social y volcando en sus sencillas almas las bellas flores del sentimentalismo.

Desarrollar en ellos la noción de belleza, el gusto artístico, teniéndoles en perenne contacto con la naturaleza, donde sentirán hondamente la brillante esplendidez que recojan de sus contemplaciones.

Dentro de un régimen moral, limpio de prejuicios, de hueras estulticias, desenvolver las facultades físicas e intelectuales, aligerando a la pesante generación de la pesada carga de atavismos.

La escuela racionalista poseyendo el concepto más exacto y elevado de una buena educación, brega ardientemente para imponer sus ideales de transformación incesante, procurando extraer de su marasmo, la inteligencia humana.

P. S.

Lo mismo es...

¡Oh, humanidad! Esclavizada por tí misma; tus sufrimientos, tus humillaciones, son motivados por lo absurdo de tus creencias. Tu raciocinio está embriagado con un narcótico que se llama «negativa para comprender la exactitud», y el fin de tus vanos entusiasmos.

¡La Patria! ¡Cuanta sangre!... Cuantas vidas inocentes perecieron en las profundidades de ese abismo, sólo por esta palabra.

Hoy en día, el mundo, la humanidad entera, estan hebrios de un fanatismo que les arrastra a la muerte, no sólo física sino moral.

Ciegos por una engañosa sensibilidad, defienden «la Patria» «la Democracia», «la Libertad»!...

¡Tamaño yerro! Defienden la libertad de sus cínicos mandatarios!

Los pueblos o mejor dicho, los esclavos pelean unos contra otros, ¿para qué? No es igual ser esclavizado bajo uno que otro tirano?

Pueblo; rebélate contra el cinismo de tus gobernantes, contestadles como el caballero de la fábula de Tolstoi, que cuando el mujik le dijo; «sígueme o los enemigos te apresarán; no te seguiré le contesto, porque no estaré mal entre los enemigos; lo mismo me da trabajar para tí, que para ellos.»

Isac Maliroff.

CARTELITOS

EL HAMBRE...

El hambre aguijonea los estómagos y a veces tiene la potencia de sublevar a los hambrientos contra las causas que originan ese mal. Son sublevaciones santas, porque son del pueblo condenado a todos los sufrimientos...

Inutilmente la burguesía busca los medios de eliminar un mal que ella fomenta; pretende extirparlo por temor a los que hoy habitan los tugurios miserables careciendo de lo que producen y construyen...

¡Hay, del día en que los hambrientos entonen los cantos de la insurrección!... No habrá murallas que aguanten el empuje potente de los músculos que derriban para abrirse cancha... y pasarán!

El oro que guarda en las arcas la clase privilegiada es el hambre de los desheredados que aguijoneados por ella marchan entonando cantos de rebelión...

El hambre será la chispa-incendiaria que convertirá en escombros los pedestales de la esplotación y la tiranía.

ARBOL EXTERIL

Sí; extéril como el árbol que no da fruto ni sombra, que solo ocupa un lugar en la tierra, esperando al leñador que lo derribe a golpes de hacha para luego hacer fuego con él: así el Estado. Espera también que los laboriosos se conviertan en leñadores y en cada puño esgriman una hacha relumbrante y filosa que corte y derribe...

Derribar árboles viejos, extériles, para hacer hogueras, es nuestra tarea.

El Estado, ejerce una imposición tiránica por más democrático que sea; él se sustenta con el producto del robo, se sostiene por las bayonetas y cañones; su fruto netasto es la guerra exterminadora de la juventud pletórica de vida... ¡Oh; el crimen de la guerra, fruto del Estado!

Hora es ya que los proletarios empuñen el hacha tronchadora de árboles extériles, para llevarlos a la hoguera que todo lo purifica... ¡Empuñemos el hacha pues!

Clarín LIBERTARIO.

El "Homaranismo"

El Dr. L. Zamenhof, (fallecido hace poco) inventor del Esperanto, ha constituido una asociación internacionalista que cuenta con millares de asociados repartidos en todas las naciones de la tierra.

Para mejor servir sus ideales internacionalistas, el Dr. Zamenhof, creó el idioma esperantista que poco a poco va ganando terreno en todos los países, y que entre nosotros tiene muchos cultores.

Los principios del «Homaranismo» están contenidos en un folleto titulado «Esencia del Homaranismo» que distribuye la «Oficina Central Homarana» (Zugerberg, Suiza), del cual extractamos el primero y segundo capítulo, por estar en todo de acuerdo con los mismos:

DECLARACION DEL HOMARANISMO

I

«Soy hombre y considero toda la humanidad como una familia. Considero la división de la humanidad en diversos pueblos enemigos y en comunidades nacionales y religiosas, como una de las mas grandes desgracias, que debe desaparecer cuanto más pronto mejor, y cuya desaparición debo acelerar conforme yo pueda».

II

«En todo hombre, no veo sino un hombre, y aprecio cada hombre solamente según su valer personal y sus actos. Considero una barbarie toda ofensa u opresión de un hombre porque pertenece a otro pueblo o a otra clase social, habla otra lengua o profesa otra religión.

Vida Católica

DICESE POR AHI:

Qué entre los «exploradores de la Aguada» hay «líos» por asuntos «riveroistas».

¿Qué el miercoles próximo pasado, los pobrecitos de babero llamados de «la sagrada familia», han descargado frente a su colegio de la calle Agraciada, esquina Lima

¡¡¡Diez!!! bordalesas de vino. De este hecho, se hicieron los más variados comentarios en el barrio.

Que Campos Tureriro, el más decidido defensor del «riveroismo», fué educado en un colegio católico y está «contramarcado».

Que solo así, se explican sus actitudes de perfecto marica.

Qué dicho mozo, es un «caso» bien definido.

Que tiene manías bastante raras, entre las cuales, la de ver enemigos en todas partes.

Que los anarquistas no pueden descender hasta ciertos tipos.

¿RIVERO EN VILLA MUÑOZ?

Frente al Centro de Villa Muñoz, sito en la calle Domingo Aramburú han alquilado una casa unos frailes entre los cuales, nos palpita, que se halla el ultra peligroso *padre* Rivero. Y decimos nos palpita porque concurre allí muy amenudo el interesante Campos Turreyro.

Los chicos del barrio están alarmadísimos. Los papás, con sabia prudencia, han reforzado con fuertes remiendos de cuero los pantalones de sus criaturas en el sitio donde el honor es más vulnerable.

La vigilancia policial se ha redoblado. Entre la gente de mostrador se proyecta un boycott en regla para ahuyentar a la tenebrosa cuadrilla de reverendos. Ya nadie duerme con las puertas abiertas.

Y este rinconcito de Montevideo tan bullicioso y concurrido se ha tornado en desierto donde solo cruzan por las calles solitarias los referidos sa—cerdotes cuyas miradas lúbricas espantan hasta a los mismos perros que temerosos huyen con la cola duramente a arrotada entre las piernas. ¡Pobre villa convertida en «campo de acción!»

Y lo peor del caso es que los frailes no se paran en chiquitas.

Ya le echaron el ojo al zapatero de la esquina, rubio simpático de rosados y redondos cachetes.

El martes de mañana se le fué al humo un fraile de gran empuje, a juzgar por la catadura, que salió del antro a caza de redondeces, acompañado de un cotrade de la U. D. C

¡Que trifulca hermanito! Lo quiso trabajar de prepotencia. Y el mozo tuvo que defenderse y sacarlo con el tirapie de adentro mismo del negocio. ¡La honra ante todo!

Nosotros no sabemos que hacer porque los frailes nos atizban, nos hacen guiños y suspiran desde tras de la ventana que da frente al Centro, y eso que nosotros somos feos y flacos hasta más no pedir.

Tendremos que recurrir a la dinamita. ¡Que más remedio! La honra ante todo! ¿Acaso vamos a imitar a los «Juveniles» del Buen Pastor o a los cofrades del Aspid Mortífero?

Antes pasará un camello por el ojo de una aguja. ¡No faltaba más!

ULTIMO MOMENTO

Triunfó la botijada de Villa Muñoz. Los sátiros con sotana tuvieron que buscar en otro barrio su «campo de acción». Se fueron berreando latines entre la algazara y la silbatina de los muchachos. La villa ha vuelto a recobrar su aspecto de alegre y confiada. Y hasta los pichichos volvieron a menear la cola marcando ese compás que para Schopenhauer era el más honrado de los movimientos.

Medio día y crepúsculo

—

Acurrucado en su asiento, con la barbilla hundida en el pecho, su vista vagaba por las paredes del lóbrego patio.

Transcurrían los minutos, las horas, los días y los meses, y siempre estaba en el mismo sitio, siempre solo. siempre arrinconado junto a la puerta de la pieza, con la mirada difusa, como disolviéndola en el aire, y la enorme cabeza que parecía le era una carga. A veces, en esas tardes asfixiantes del verano, cuando los vecinos reposaban la siesta, el viejo Martín se dormía en la silla, babeándose a menudo por la entreabierta boca, que mostraba unos dientes largos, desiguales y marillentos. Había que ver entonces la impresión miserable que producía su persona, más o menos la misma que inspiran esos caballos enfermos, huesudos, que vagan por los campos yermos.

Nunca conversaba ni reía; jamás moviase de su silla, como si su vida fuera la de estar condenado a esa inmovilidad de bestia paciente. Sólo de rato en rato masticaba tabaco. Si prorumpía alguna queja, lo hacía mordiéndose las uñas, unas uñas negras y amarillas al mismo tiempo. Esto no era frecuente, pero cuando ocurría, el viejo Martín, gruñendo con desesperación, dejaba escapar su frase habitual:

—Vida perra.

Luego, volvía asumirse en el lastimoso entorpecimiento de siempre.

Un día llamó a una hermana, vieja también, que se encontraba en ese instante en la cocina, y entre sollozos le dijo:

—¿Ho oyes? Yo quiero morir. Ah, esta vida es dos veces perra.

—Cálmate—fué lo único que respondió ella, volviendo maquinalmente a sus quehaceres domésticos.

Y el instante supremo llegó poco después. Aquella tarde estuvo quejándose de agudos dolores a la cabeza; le pesaba más que nunca. El siguiente día no pudo levantarse, hasta que una noche, poseído de delirio, moría abrazando el cuerpo de un cristo en el crucifijo.

Desde entonces, la hermana se consolaba relatando a los vecinos todo el largo sufrimiento del viejo Martín, que tenía por causa, segun ella, un hecho que llegó a ser la obsesión de su vida entera.

—

Allá en su menbruda mocedad, en el llano de su suelo nativo, el viejo Martín se ganaba el sustento vigilando ovejas. Su trabajo de pastor le había separado desde niño de todo trato humano, viviendo eternamente en las soledades del silvestre valle. Su carácter huraño y consentrado armonizaba con el terreno salvaje en que vivía. De pómulos salientes y mentón arrugado, tenía la piel de la cara endurecida por el aire, las lluvias del sol. Sus grandes manos huesudas, eran del mismo color ladrillo que la tierra rocosa de la comarca, las cejas pobladas, subían algunas en punta hacia la frente. Y los ojos, sucios, grandes, que recordaban a esa cerrazón anunciadora de tormenta, parecían cansarse de ver a todas horas el mismo monte, los mismos árboles, las mismas ovejas. No podía ser de otro modo para él, que sólo distinguía el conjunto, la superficie uniforme.

Sobre una alta planicie se alzaba la aldea, compuesta de veinte casuchas con techos de teja y paredes pintadas de blanco. El vivía muy lejos de la aldea, y unicamente una vez al año subía el empinado camino para visitar a su familia. Ese día era santa pascua para el muchacho, apesar de las sonrisitas y chanzas de sus camaradas, quienes no dejaban de encontrarle algo más bruto que el año anterior. Siguiendo una costumbre, a la noche invitaban al cura del lugar y varios vecinos, festejando con una cena la llegada de Martín. Y cuando preparaba los líos para volver, sucedía lo de siempre. La madre veíase obligada a sermonearle largo rato para conseguir que fuera a despedirse del señor cura. Sí, era tímido, demasiado tímido. El no podía permanecer tranquilo, mientras el párroco, a fuer de consejos, le endilgaba una serie de capítulos teológicos sutiles. Después de varios empujones, iba a saludarlo, y en seguida tomaba tierra adentro, no sin cierta tristeza por tener que dejar hasta la primavera siguiente a su María Rosario.

Y de nuevo las andanzas a la zaga de las ovejas por estas tierras pedragosas. Invariablemente, a la hora en que el sol desaparecía por detrás de los montes, Martín dirigía una última mirada allá arriba, muy arriba y muy lejos, donde el caserío se esfumaba negro sobre la mancha roja del horizonte. Lanzaba un hondo suspiro parecido al bostezo y recogía las ovejas, pensando en María Rosario.

Pasaron varios inviernos. Luego de tremendas economías, Martín había reunido cierto dinero para el casamiento.

Y una tarde le mandaron a llamar; todo estaba listo. Con el atado de ropas bajo el brazo, alegre, zumbón, sientiéndose otro, dejó el llano, besando glotonamente la tierra, esa misma tierra que otras veces deshiciera con sus dientes feroces, a pesar de lo dura que era.

A la entrada del pueblo le aguardaba María Rosario. Cuando ambos se encontraron frente a frente, por una atracción instintiva, encogiéndose ella le ofreció los labios. Martín no pudo contenerse. Ebrio, delirante, se abalanzó sobre la muchacha, y aprisionándola fuertemente entre sus brazos, hincó sus dientes en ese cuello de carne blanca, fresca, apetitosa, que nunca veían sus ojos.

—¡Bárbaro! déjame-gritó la joven.

—Yo te quiero así, así, así—exclamó él, apretando más y más su hercúleo pecho contra el seno de María Rosario.

Luego que ella logró desprenderse de sus garras de tigre, conduciéndole del brazo, la reprimió seriamente por ese impetu de salvaje. El con rubor en las mejillas, bajó la vista, y no dijo nada. Cuando se despidieron, la miró de pies a cabeza, como se mira algo que durante mucho tiempo ha sido la obsesión de uno. Eso gustó a la joven, quien le agredeció con una sonrisa muy amable.

Llegó por fin el domingo, fiesta de San Sibrán. Terminada la procesión en la aldea, la gente se agolpó a la casa de Martín para presenciar la ceremonia nupcial.

Durante el día Martín anduvo desconcertado. Sentía que la sangre le bullía con fuerza. La mirada de los concurrentes le turbaba. La menor pregunta que oía era suficiente para extremecerle. Perdía la serenidad a menudo. En la mesa, el cubierto titilaba inseguro en sus manos temblorosas. Todo era nuevo y extraño para él. Más aún: las cosas tenían un aspecto fantástico, terrible. Todos hablaban, más él no escuchaba ni comprendía nada, recojido, cabizbajo, pensando quién sabe lo que.

Cerró la noche. La pareja abrióse paso entre los convidados, algunos de los cuales no cesaban de zaherirle con frases picarescas y apropiadas.

Ensonces saltó.

—¿Cuando terminarán? ¡mierda!—prorumpió furioso, encarándose con todos ellos.

Nuevas burlas y ruidosas carcajadas provocó la inoportuna seriedad del muchacho. Hasta hubo uno que llegó a pellizcarle.

Cruzó el patio de la casa, subiendo ambos la escalera que los conducía al tugurio.

Al cabo de una hora ya no quedaba nadie. Todo era silencio, sombra.

Pero de pronto se oyó un quejido, débil al principio, luego ronco, ahogado, ¡despues más fuerte, abierto, y por último, agudos gritos que repercutían por los alrededores.

Acudieron alguna gente, y como los gritos partían de la pieza de Martín, hacía allá fueron.

Era un espectáculo horrible. Al abrir la puerta vieron a María Rosario desnuda, completamente desnuda, con los cabellos en desorden.

Y lo monstruoso, lo inconcebible, tenía los senos mordidos, desgarrados. Su cuerpo estaba bañado en sangre, viéndose por todas partes la señal de profundas mordeduras.

Cuando quisieron socorrerla, había muerto.

Mientras tanto, despavorido y como loco, un hombre huía veloz por la solitaria aldea.

JUAN PALAZZO.

Balance de los números

55 y 56

SALIDAS

Gastos para la impresión.	$	10.69
Estampillas	»	2.00
Al Comité por imprenta	»	15.30
Ampliación luz eléctrica.	»	1.95
Porte pago, mes de Ocb.	»	0.25
Déficit del num. 52. . .	»	4.94
Total.	$	35.13

ENTRADAS

Por paquetes.	»	5.58
Por suscripciones	»	6.85
Del comité de la Aguada.	»	9.00
Venta, «Labor y Ciencia», núms. 50, 51, 52. . .	»	3.00
Id «Luz y Vida», (Cerro). núms. 50, 51, 52, 53. .	»	5.30
De la rifa del traje. . .	»	0.30
Total.	$	30.03

RESUMEN

Salidas.	$	35.13
Entradas	»	30.03
Déficit que pasa al núm. 57.	$	5.10

NOTAS ADMINISTRATIVAS

Por falta de espacio dejamos de publicar las notas de administración. Lo haremos en el próximo número.